

MANUAL DE CIVISMO



VICTORIA CAMPS
SALVADOR GINER



7.ª EDICIÓN ACTUALIZADA



Ariel

Victoria Camps y Salvador Giner

Manual de civismo

Ariel

1.^a edición en esta presentación (actualizada):
octubre de 2014

Ediciones anteriores: 1998 y 2008

© 1998, 2008 y 2014: Victoria Camps y Salvador Giner

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© 1998, 2008 y 2014: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.ariel.es

www.espacioculturalyacademico.com

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

ISBN: 978-84-344-1877-6

Depósito legal: B. 16.458 - 2014

Impreso en Limpergraf

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	9
<i>Nota a la edición de nuevo ampliada</i>	13
I. Convivir	15
II. La buena educación	29
III. Derechos y deberes	43
IV. Templanza y austeridad	53
V. El trabajo bien hecho	67
VI. El reparto del tiempo	79
VII. La vida contemplativa	89
VIII. Decir no	97
IX. Violencia: tolerancia cero	105
X. El civismo urbano	113
XI. Pertenecer y participar	121
XII. Una vida de calidad	131
XIII. Individuos responsables	141
XIV. Cibercivismo	151
<i>Conclusión. Por amor propio</i>	165

I

CONVIVIR

Vivir es convivir. Y convivir es un arte, al menos para los humanos. Si nos guiáramos sólo por el instinto, como los animales, si estuviéramos, como ellos, programados a través de nuestros genes, la convivencia entre nosotros sería infinitamente más fácil, sería más o menos automática. No requeriría el ingenio, la reflexión y la maña que todo arte exige. El ser humano, como los demás organismos vivos, también está programado, condicionado por su herencia biológica, a comportarse de una manera específica: pero lo está no sólo para responder según pautas preestablecidas a un conjunto de estímulos previsibles que el mundo le depara sino también para enfrentarse con situaciones inesperadas. Frente a ellas los humanos tomamos iniciativas y respondemos creando nuestro propio mundo. En otras palabras, estamos también programados para no estarlo, es decir, para ser libres.

Biológica y anímicamente el hombre es un ser abierto. Lo suyo es buscar respuestas inéditas ante la incertidumbre y lo desconocido. Tiene instintos, necesidades y pasiones que le vienen dados desde su nacimiento, como a cualquier otro organismo, pero también intereses e inclinaciones que no provienen del mundo animal. Discurre, indaga, calcula y juzga moralmente a los demás y a sí mismo. Prepara estrategias para lograr fines a veces remotos y difíciles, que no están predeterminados por su constitución animal. Todos compartimos es-

tas facultades, pero su intensidad es distinta para cada uno de nosotros. Pertenece a una única especie, pero somos enormemente diferentes los unos de los otros en habilidad, inteligencia, conciencia moral, memoria y predisposiciones sentimentales. La resultante final, la personalidad de cada cual, nos hace a cada uno únicos e irrepetibles.

Es claro que la coexistencia entre seres tan peculiares y heterogéneos no puede ser nada fácil. Prueba de ello es que dedicamos una enorme cantidad de esfuerzo, cada día de nuestras vidas, a superar conflictos, armonizar voluntades, alcanzar acuerdos, hacer concesiones, supeditar nuestra voluntad a la de otras personas, o imponerla sobre ellas. Es tan notorio que el conflicto es endémico entre nosotros como que sin ponerle coto o superarlo la convivencia sería terriblemente difícil cuando no imposible.

La humanidad ha hallado varias soluciones a la condición radicalmente conflictiva de los humanos. Algunas apelan al uso de la fuerza arbitraria y son por lo tanto, tiránicas, como sucede cuando alguien manda draconianamente sobre los demás sin su permiso, y también cuando una disciplina férrea domina el universo de una comunidad cerrada, como ocurre en una prisión o un ejército en pie de guerra. Reina en tales casos un orden impuesto en el que la obsesión de todos y cada uno es poder escapar a sus rigores por todos los medios. No obstante, hay otras soluciones ante la naturaleza conflictiva de nuestra vida en sociedad. Son más adecuadas para que prosperen comunidades que cumplen las faenas cotidianas del trabajo, la vida familiar, la diversión, las tareas públicas, la educación, la religión, la salud y tantas otras. Entre ellas descuellan aquellas que permiten la convivencia al tiempo que exigen sacrificios mínimos de nuestro albedrío. Son ellas las que van a ocupar nuestra atención preferente a lo largo de estas reflexiones: nos interesa considerar el conjunto de normas, modales de buena conducta y reglas de convivencia de cuya observancia depende, en gran medida, que el

mundo no sea un infierno. Y nos interesa asimismo averiguar de qué manera son alcanzables, cómo pueden entrar en vigor. Y qué contenido moral tienen.

Tales normas no son precisamente las de un código de conducta establecido por decreto o proclamado por un parlamento. Son más bien las que forman una cultura de la convivencia pacífica y solidaria a la que daremos el nombre, nada nuevo, de *civismo*. La palabra proviene del latín *cives*, ciudadano, y se refiere también a la ciudad: un lugar complejo, construido por el hombre, en el que conviven pacíficamente gentes de la más variada condición. La fuente ciudadana, por así decirlo, de la palabra *civismo* nos recuerda un hecho elemental, sobre el que se fundamentan estas reflexiones: mujeres y hombres —es decir el hombre, en abstracto, un sustantivo masculino que nada tiene que ver con la masculinidad— son esencialmente animales cívicos. Son, para usar la raíz griega, animales políticos. (*Polis*, en griego, significa ciudad: y fue un griego, Aristóteles, quien para siempre nos definió a los seres humanos, con gran acierto, como animales políticos.) Ello quiere decir que, cuando conviven, los hombres necesitan formar relaciones en las que entra una interacción de voluntades y un intercambio —o colisión— de intereses diversos que, a su vez, les obligan a gobernarse. El *civismo* entraña el buen gobierno de nuestra convivencia, pero no desde un centro de autoridad, desde el gobierno, sino por obra y gracia de todos los que participamos en ella.

La noción de *civismo* posee dos acepciones. La más corriente, y que todo el mundo entiende de buenas a primeras, es la de conducta correcta y respetuosa entre propios y extraños. Incluye los buenos modales, la buena educación. A veces se restringe a la necesaria convivencia cívica que entraña respeto a los demás: el motorista que pasea por las desiertas calles de una población con el escape libre de su moto y despierta con su estruendo a los ciudadanos que descansan; el excursionista que hace fuego en el bosque y lo deja perdido de inmundicias; el funcionario que contesta de mala manera a las

consultas del público, son considerados justamente como ejemplos de falta de civismo. (Sólo los necios los consideran triviales.) También se incluye en esta acepción de la noción de civismo ciertos delitos —no pagar los impuestos al erario público, por ejemplo— que representan una profunda falta de respeto hacia quienes cumplen la ley.

Hay otro sentido de la palabra, algo más sutil, que nos parece fundamental: civismo es también *la cultura pública de convivencia* por la que se rige, o debería regirse, una determinada sociedad. Según este significado el civismo está formado por un conjunto de procederes de interacción humana sin los cuales la convivencia es difícil o imposible. Son normas emparentadas de algún modo con lo que entendemos por etiqueta social o protocolo, pero son distintos de éstos: el civismo es un bien compartido o a compartir por todo el pueblo, ése es su atributo esencial. Pero el civismo —he aquí una afirmación que consideramos crucial para nuestro argumento a lo largo de todas estas observaciones— no es sólo un conjunto de normas o modos de proceder —es decir, *no es solamente procedimental*— sino que incluye también un contenido moral: expresa unos determinados valores morales y unas creencias acerca de la sociabilidad humana, que iremos explorando poco a poco. Por eso decimos que es una cultura, y no únicamente un conjunto de modales, usanzas y buenas maneras sin contenido.

El doble significado de la palabra civismo encuentra en castellano una feliz coincidencia con el doble significado que posee también una palabra muy afín a ella: ciudadanía. La ciudadanía es, por un lado, el conjunto de mujeres y hombres libres e iguales ante la ley que forman una comunidad política. Y por otro, es también la condición que cada uno de nosotros posee de ser miembro de esa comunidad: es un atributo que nos confiere el derecho al voto, el de presentarnos a elecciones, el de recibir subsidios y pensiones o atención médica (si así está previsto por la ley), el de que nuestros vástagos acudan a la escuela pública, y así sucesivamente. Como el

dios Jano de los antiguos, la ciudadanía y el civismo poseen una doble cara.

Ni la una ni el otro, sin embargo, están libres de contradicciones. La interacción humana engendra siempre tensiones de poder o influencia, y ello a su vez produce en quienes entran en ella esfuerzos por persuadir y convencer, órdenes que unos dan a otros y que son, o no, atendidas. Afloran así obediencias y desobediencias. Simultáneamente, la convivencia produce reglas —costumbres— que presiden tales situaciones y que unos respetan y otros violan.

No hay quien escape a esta situación: el mundo es así. Como es también inescapable mantener una relación constante con los demás. Esa relación es necesaria además para que alcancemos nuestra condición de seres inteligentes y plenamente humanos. No llegaríamos nunca a serlo si no estuviéramos siempre entre nuestros semejantes, con cuya convivencia aprendemos casi todo lo que sabemos del mundo y de nosotros mismos. Ese proceso de aprendizaje, así como la propia convivencia, tienen una doble dimensión. Algunos de nuestros prójimos causan nuestra desesperación y nuestra desdicha: algunos son nuestros enemigos, otros nos martirizan o incomodan, otros nos traicionan, y otros, finalmente, mandan y ordenan contra nuestra voluntad. Muchos son meros rivales que no actúan premeditadamente contra nosotros, pero como tales los percibimos. (Pensando en todos ellos opinó lapidariamente un filósofo, Jean-Paul Sartre, que «el infierno son los otros», los demás.) Pero también en otros casos se manifiesta la otra cara de la convivencia: en nuestros prójimos buscamos y hasta a veces encontramos la dicha. Nuestros amigos, amantes, familiares queridos, aliados, o simplemente las gentes amables que nos premian con su reconocimiento o su agradecimiento por algo que hacemos, guardan los resortes de nuestro contento. Al igual que, en no poca medida, tienen en sus manos la causa de nuestro descontento. En todo caso buscamos siempre en los demás aquello que nos puede hacer felices. Para unos será la

riqueza, para otros los honores, o el simple reconocimiento de sus esfuerzos. Y para casi todos, de los demás depende el goce de la mera convivencia gregaria o de la compañía entre seres queridos, el ejercicio placentero de la convivialidad. Todas éstas son manifestaciones y formas de sociabilidad.

Para todos los humanos es esencial el disfrute y expresión de la sociabilidad. No somos ni robinsones ni eremitas natos. El propio Robinsón Crusoe, solo en su isla desierta, no hizo sino esperar con imperturbable paciencia la aparición de una nave en el horizonte que le trajera alguno de sus congéneres, arrancándole así de su forzada soledad. De muy buen grado volvió a la civilización, con todos sus presuntos inconvenientes, a pesar de su extraordinaria traza en haberse montado la vida por su cuenta, en el sentido más literal de la palabra. Los ermitaños, por su parte, parece que han escogido su condición solitaria, mas no sólo forman una parte infinitesimal de la humanidad sino que muchos de ellos se retiran para estar de algún modo aún más presentes en la sociedad que han abandonado: aceptan dádivas, se proclaman santos e intercesores entre los hombres y los dioses. Quienes huyen del mundanal ruido enseñan lo que ellos creen que es la vía recta a los demás. No los ignoran.

Inevitablemente, la humanidad está compuesta por animales políticos en el sentido amplio de la palabra, que no excluye que a muchos les interese poco la política misma y que sólo una minoría se dedique profesionalmente a ella. Todo lo que somos ha sido producido socialmente, por esa «ciudad» a la que pertenecemos: el idioma que hablamos, el país en que nos hemos criado o en el que habitamos, los conceptos que usamos, la economía de la que vivimos, todo tiene un origen social concreto. Si creo en la Santísima Trinidad, si tengo rudimentos de álgebra, si sé guiar un automóvil, si entiendo el castellano, si soy pobre, si nací aquí porque mis padres emigraron desde otro país, todo lo que determina y define mi vida pasa por el cedazo y se gesta en el crisol de la sociedad de la que formo parte.

Pero eso —nuestra condición de animales sociales, o en sentido más específico, de animales políticos— no agota nuestra realidad. El hombre se forma una idea de su propia vida, sopesa los que intuye que son sus intereses y *vive intencionalmente*. Es decir, se forja también su propia vida. Ésta es también resultado de su raciocinio y voluntad. Posee una razón —mediante la que evalúa, analiza, considera y delibera consigo mismo— y la aplica a los recursos que posee para intentar lograr aquello que le atrae. Tales recursos son distintos para cada uno de nosotros y varían de un lugar a otro y según cada cultura. Así, la belleza de una muchacha es un recurso en la concurrencia que se establece entre los jóvenes en las rivalidades y escarceos eróticos a los que éstos se entregan. La fuerza es un recurso para el atleta. La riqueza de su familia lo es para el niño a quien sus padres mandan a una escuela privada muy selecta. A medida que transcurre el tiempo acumulamos unos recursos y perdemos otros. Nuestros atributos personales son recursos de igual modo que también lo son las condiciones sociales de nuestra existencia.

Decíamos que nuestra convivencia es difícil. Ello sucede, fundamentalmente, por tres razones: la primera es que muchos deseamos, con recursos desiguales, los mismos bienes, que son escasos; la segunda, que una parte muy sustancial de la humanidad siente pasión por dominar a los demás; y la tercera, que con demasiada frecuencia los criterios egoístas predominan sobre los altruistas. Las tres causas de conflicto son distintas, pero no son mutuamente excluyentes. Las encontramos juntas a cada paso, pero podemos separarlas para analizarlas. Veámoslas.

1. El conflicto que surge de la mera escasez de recursos se resuelve, no pocas veces, de forma pacífica. Tan es así que ni nos solemos dar cuenta de que existe. El civismo tiene mucho que ver con ello. Así, hacemos ordenadamente cola ante la taquilla de un teatro hasta que se acaban las entradas. (Y reprobamos a quien se la

salta.) Nos presentamos una y otra vez a unas oposiciones para cubrir vacantes en la administración, sin ofendernos ni querellarnos con los que han sido admitidos. (Aunque no aceptemos de buen grado que algunos hagan uso de sus influencias para conseguir plaza.) Y hasta entramos en la dura pero pacífica liza de la competencia de un mercado, aceptando sin protestar que unos se enriquezcan, otros sucumban, y otros vayan tirando. Es cierto que a veces se producen situaciones muy violentas en la lucha por bienes escasos, sobre todo si es para sobrevivir, como sucede cuando hay una penuria de alimentos, pero esta suerte de conflicto, precisamente por ser extrema, exige un civismo heroico. Y no por ello menos necesario: de ahí nuestra admiración por quienes en un naufragio o catástrofe ni pierden la sangre fría ni la buena educación. Ensalzamos a quienes, en tales circunstancias, ceden lugares de salvación a los más débiles o les tienden la mano con riesgo de su propia vida.

2. La segunda razón por la cual la convivencia civilizada se hace difícil, y por la cual se producen enfrentamientos, explotaciones, malos tratos y, con demasiada frecuencia, toda clase de violencias, proviene de nuestra pasión por dominar (y a veces hasta dañar) a los demás. Ésta es una cuestión muy delicada. Y mucho más difícil de esclarecer que la anterior, porque no depende de circunstancias objetivas (escasez constatable de recursos), sino de la propia naturaleza humana. Sobre ella, en este terreno, no hay un acuerdo universal. Por lo pronto, hay una venerable tradición de pensamiento que supone en el ser humano un componente innato de maldad. Según ella no sólo seríamos seres egoístas sino también seres capaces de hacer daño a nuestros congéneres. Muchos seríamos capaces hasta de gozar con ello. Desde la creencia religiosa en el pecado original hasta varias teorías filosóficas sobre nuestra presunta maldad innata nos encontramos con toda una batería de interpretaciones sombrías sobre la naturaleza humana, con grados diversos de pesimismo, que asumen esta disposición en

la raza humana. Para ellas la civilización —inclusas las formas de civismo que caracterizan a cada una de ellas— no sería más que un barniz siempre presto a esfumarse ante los ímpetus de nuestra maldad subyacente.

Hay una tradición diametralmente opuesta a esta noción. Es la que sostuvieron, por ejemplo, Rousseau y Freud. Para ella los hombres seríamos, por el contrario, buenos por naturaleza, aunque corrompidos por alguna causa externa: la misma civilización, con sus hipocresías y perversidades, sería una de ellas. Un orden social adecuado permitiría que aflorase nuestra primigenia inocencia, echada a perder por una historia que la ha desvirtuado. Pero tal orden no existe o, como dirían algunos, no existe aún. En todo caso es posible discrepar de la noción de que pueda crearse una sociedad totalmente libre de malicias ni conflictos, poblada solamente por seres esencialmente buenos y altruistas y sin embargo sentirse atraído por la idea de que vale la pena esforzarse por crear condiciones sociales que fomenten la buena conducta, la virtud ciudadana y también una vida interesante y relativamente feliz para el mayor número posible de personas.

Sea cual sea la verdadera causa de las inclinaciones malignas que no pocos muestran en su conducta, lo cierto es que existen. Mientras esperamos a conocer de modo persuasivo cuál es la senda para eliminarlas sin caer en mayores males —obligarnos por la fuerza a ser buenos plantea toda suerte de problemas prácticos— nada nos impide constatar su presencia. Una presencia que nos atañe directamente, pues el civismo es sin lugar a dudas un modo para poner coto a sus excesos.

Ni el deseo de dominar (por dominar) ni el de dañar (por dañar) son los mismos en cada uno de nosotros. Es evidente que la inclinación por dominar o dañar a los demás (que son dos cosas distintas aunque a veces vayan juntas) no aparecen en todos por igual, ni todos los que la exhiben la ejercen en los mismos territorios. Hay mandones en una empresa que son, en su hogar, mansos. Y hay seres dominantes en sus casas que son obe-

dientes en la calle. Hay quien daña o manda por sadismo o pasión y quien lo hace por necesidad o deber, o hasta por cariño. (Quien bien te quiere te hará llorar, dice el refrán.) Desde la saña del psicópata hasta la suave amonestación de una madre a su hijo travieso hay un inmenso espectro de expresiones de asimetría de poder. Lo que hace que éste sea o no aceptable es su *legitimidad*, la condición que obliga a las gentes civilizadas a aceptar una autoridad.

3. La tercera causa de conflicto y de los escollos con que topa toda convivencia armoniosa entre la gente es el egoísmo. No *todo* el egoísmo. El egoísmo es una inclinación necesaria que nos estimula a proteger nuestra vida y hacienda y a mejorarlas. A buscar, ante todo, nuestro propio bienestar material y anímico. Tal inclinación no es sólo beneficiosa para nosotros como individuos sino que tiene con frecuencia repercusiones muy positivas para la sociedad que nos rodea. No es fácil acaparar toda la riqueza que uno crea sin que parte de ella no vaya a parar a manos de otros. Un director de cine recibirá la halagüeña atención del público pero, si además su obra posee calidad, es un regalo para todos. A los científicos no les mueve sólo el afán de saber: sin el reconocimiento social que reciben de su propia comunidad científica y del público en general la ciencia poco avanzaría.

Con la mente puesta en estos beneficios sociales de los motivos egoístas de la conducta, los grandes pensadores del liberalismo moderno siempre nos han recordado que la competencia individualista entre personas guiadas por el afán de promover su propio interés produce efectos agregados que son buenos para la sociedad en su conjunto: aumenta la riqueza general, por ejemplo. La suma de las pasiones privadas y las codicias de cada cual generaría, según esta doctrina, el bienestar de muchos. Los vicios privados producirían virtudes públicas, para decirlo según un célebre adagio. Ello se complementa con el hecho de que, además, muchos intere-

ses individuales son complementarios entre sí. Un ejemplo no menos célebre —que dio el sabio escocés Adam Smith— se encuentra en la parábola del parroquiano sediento y el tabernero. El primero pide su pinta de cerveza para apagar su sed y el segundo se la ofrece para ganarse unos peniques. Cada cual va a la suya y ambos quedan contentos.

Lo malo es que cuando, en general, cada cual va a la suya los resultados distan mucho, con frecuencia, de transformar automáticamente los vicios privados en virtudes públicas. Creer que tal transformación se produce por arte de birlibirloque o porque existe una divina Mano Invisible —como apuntaba el mismo Adam Smith— que pone orden en el mundo de la competencia individualista de todos contra todos es mucho suponer. Tal vez sea cierto que los esfuerzos de tantos capitalistas o empresarios por labrar su propia fortuna, en su conjunto, elevan el nivel de vida de la población en la que viven. Mas queda por demostrar que los fabricantes de armas o los traficantes de droga —que también son empresarios— transformen su vicioso egoísmo en virtuoso altruismo, o que sus esfuerzos redunden en el bienestar de las gentes en general, tal y como propone la teoría. Y es que esa teoría, al hacer hincapié en las repercusiones beneficiosas del egoísmo —para quien lo posee así como para muchos de sus prójimos— no se percató de que unas veces se producen y otras no. El egoísmo es una virtud —por eso hablamos justificadamente de un «sano egoísmo», o de las «ambiciones legítimas» de cada cual— siempre que no arrolle a su paso, por lo menos, la posibilidad del ejercicio del altruismo.

Es muy probable que, con contadas excepciones, los sentimientos egoístas sean en el hombre mucho más poderosos que los altruistas. Que toda la compasión que podamos sentir por los demás se desvanezca o se arrinconen ante nuestros afanes egoístas. Decimos esto por dos razones, una de las cuales tiene una relación muy estrecha con el civismo. La primera es que, ante un conflicto serio entre los intereses y ambiciones propios y los de

los demás, las gentes se suelen inclinar por perseguir los propios en detrimento de los ajenos. (Y entre los propios hay que incluir a menudo los de la familia o allegados de cada cual.) La segunda razón es la de que, mientras que el egoísmo no necesita ser inculcado —nada hay más egoísta que un recién nacido—, el respeto, la solidaridad, la generosidad y demás virtudes solidarias necesitan de esfuerzos permanentes para que prevalezcan. Nos amonesta el gobierno, nos piden disciplina los maestros, nos amenazan con penas ultraterrenas los clérigos, nos regañan los políticos y, sobre todo, nos censuramos los unos a los otros a cada paso. Y cuando todo falla, la sanción punitiva pende sobre nuestras cabezas: pagamos impuestos a regañadientes o por lo menos sin entusiasmo porque sabemos la que nos caerá encima si nos atrapan.

No es nuestro propósito desarrollar a lo largo de estas reflexiones ningún programa sencillo para que triunfen en el mundo la solidaridad y el altruismo sobre el egoísmo. No sólo no tenemos la fórmula, sino que sería inadmisiblemente pretencioso enmendar la sabiduría disponible, acumulada por la larga experiencia histórica de la humanidad, sobre lo que se puede hacer en este sentido. (Que a pesar de tal sabiduría parece arduo de conseguir.) Lo que en cambio sí cae dentro de nuestras mucho más modestas miras es bosquejar algunas de las características que habría de poseer una convivencia cívica en tiempos como los nuestros. La cual, a su vez, podría producir el *clima moral idóneo* para que prosperaran esas grandes virtudes. (Que, a no dudarlo, existen y se manifiestan cada día. Tanto en la vida de tantas personas abnegadas o capaces de tener en cuenta silenciosamente las necesidades de los demás como en la de aquellas que entregan su tiempo y desvelos a ayudar a otros: la proliferación de movimientos cívicos de solidaridad en todo el mundo es buena prueba de ello.)

La convivencia entre un yo naturalmente egoísta y todos los demás individuos que tienen igual y soberana pretensión de ser igualmente egoístas necesita el cultivo

colectivo de un ámbito de virtudes humildes que, a su vez, creen ese clima favorable al florecimiento de las virtudes grandes. Vamos a sugerir aquí de qué modo podríamos entre todos fomentar las primeras —que son las de la convivencia cotidiana— para que las demás sean cada vez más frecuentes y tengan mayor alcance. Por eso no apelaremos en ningún caso a grandes principios —con una sola excepción— ni a majestuosas teorías morales ni sociológicas: más bien al raciocinio cívico, al análisis sereno de qué es lo que más conviene para que sobrevivamos como una comunidad civilizada en un mundo cada vez más complejo y, en algunos sentidos, cada vez más peligroso —como veremos— como es el nuestro.

La base ética de la convivencia es el precepto «no hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti». Éste, que suele recibir el nombre tradicional de Regla de Oro, tiene una aplicación de máxima generalidad. Así, si algunos teóricos preconizadores del individualismo egoísta universal lo hubieran tenido en cuenta habrían podido solventar el rompecabezas que supone tener que sostener que un traficante de drogas o un fabricante de armas es un benefactor indirecto de la humanidad aunque sus motivos privados sean malignos y sus vidas poco ejemplares. Habrá que suponer que ni al uno ni al otro les agradaría ser tratados como ellos tratan a sus víctimas indirectas. En nuestro caso, este precepto o gran principio moral tiene una pertinencia inmediata: la vida cívica consiste en tratar a los demás con la deferencia y delicadeza, y no sólo con la buena educación, con la que querríamos que siempre nos trataran a nosotros. Y las consecuencias de ello no son menores.